

## **Extraído del Diario Personal de Octavi Fullat**

### **Barcelona, 2 de agosto de 2011**

Ayer el día transcurrió en Zürich. Ningún interés por conocer cosas nuevas; a revivir, pues, lo ya vivido cuando estuvimos allí hace unos días. Ahora bien; sin saberlo topamos con la Fiesta Nacional Suiza. ¿Qué cosa es una nación más allá de emociones y de endocrinología y de fórmulas bioquímicas cerebrales?. Yo no me siento español; me produce náusea y asco el solo significante *España* —cuyo significado lingüístico ignoro—, trátase de un significante fónico o bien gráfico. Y dejo de lado al referente, por cierto que ni la omnisciencia divina sabe cuál es. En cambio, las cosas resultan fáciles con *cuchara*. Cuando la denotación de un término se acerca a la nada o en todo caso cae en polisemia desenfrenada, las connotaciones —las pasiones— ocupan el espacio lingüístico desértico. ¿Qué es una nación más allá de cardíaca y de glándulas suprarrenales?. Y ¿cómo queda Catalunya con tal planteamiento?

Atravesado el Rathaus Brücke encima del río Limmat, por donde escapan las aguas del Zürichsee, dejamos a nuestra izquierda la St-Peterkirche para dejarnos caer sobre la Bahnhofstrasse. Sorpresa: acaba de dar comienzo el desfile de la Fiesta Nacional Suiza. Día 1 de agosto. No, no es el día en que se perdió una guerra como es el caso de la masoquista Catalunya y su *Onze de Setembre*. ¿Por qué los señores parlamentarios no se inclinaron por Sant Jordi, nombre que anida en el bullicio emocional de muchos paisanos de las tierras donde se habla catalán?. No querían a un santo porque ellos son laicos. ¡Serán idiotas! También yo soy agnóstico y laico —*laos* y *laikós* en griego—, pero me esfuerzo en no caer en la memez y estulticia. San Jorge, o Sant Jordi, o Sanctus Georgius o Hágios Georgios, no es un personaje santo, es un símbolo. En lengua griega *ge* fue “tierra” y *ergon* “trabajo”. *Georgios*: el que trabaja la tierra. El cristianismo a aquel que con esfuerzo arranca vida de la tierra —al campesino— lo personalizó en héroe concreto a base de una leyenda magistral. El Caballero Jorge mata al dragón —a la peste, a Castilla— a fin de salvar a la Princesa — a la cosecha, a Catalunya— a la cual el dragón quiere devorar. En el siglo V, en Lydda —en el actual Israel—, se daba ya culto —¡simbólico! ¡oh zopenco! — al Hágios Georgios.

Fueron desfilando gentes vestidas con trajes tradicionales y también al son de bandas alborozadas pudimos ver a grupos que representaban a la ganadería y a la agricultura. Sonaron igualmente bocinas largas, muy largas que en otros tiempos comunicaban a las gentes desde un picacho a otro. Antonieta y yo no perdimos detalle. Un pueblo que guarda la memoria está vivo todavía. Pueblo, patria, país, Estado, comarca, región, territorio, *Heimat*, nación. ¿Qué significa el vocablo *nación*, el cual etimológicamente proviene del verbo latino *nasci, natus sum*, de donde *Nativitas*, Natividad y *Natalis*, Nadal?

—¿Cómo la defines tú, Octavi?

—Persiguiendo los usos lingüísticos del significante *nación* a partir del siglo XIX he elaborado un significado que estimo pertinente.

En cuanto a su significado lingüístico, marginando de momento al referente — no he olvidado a Saussure—, diría que *nación* es el resultado de aceptar, en el presente, un recuerdo grupal y el resultado igualmente de un proyecto colectivo. Un grupo amplio posee memoria de un legado común —lengua, economía, arte, hechos bélicos, religión, saberes tecnocientíficos y saberes humanísticos, religión, derecho...—, legado que el grupo acepta con gozo. Asimismo para que contemos con *nación* resulta indispensable que este mismo grupo amplio quiera con decisión seguir aceptando el legado que la memoria le entrega y esto lo coloque en el centro de un proyecto común de porvenir.

Resumiendo. Entiendo la palabra *nación* como la recepción colectiva, en presente, de un pasado común más la decisión de proseguir con él a la vez que se lo entronca en un proyecto de vida en gran grupo. Memoria colectiva, pues, más voluntad colectiva. Sin este par de parámetros —uno en el pretérito y otro en el futuro—, vividos en el presente, no parece posible definir el concepto de nación.

—¿Catalunya es nación? —me pregunta inquieta.

—Podría serlo, pero ignoro si lo es.

—¿De qué depende?

—De si aceptamos nuestro pasado común y de si queremos proseguir con él en el seno de un proyecto colectivo.

—¿Cómo saberlo?

—Las estadísticas en este campo no sirven. Un proceso electoral es útil únicamente si se pretende decidir que Catalunya sea un Estado independiente. Pero, para el caso de la nación resulta impertinente. Es cuestión de vivencias colectivas.

Y prosigue, ella, interrogándome cuando buscamos ya un buen restaurante donde comer. Nos decidimos por el Orsini, lugar donde la restauración promete ser notable.

—¿Qué puede perturbar la aceptación colectiva del pasado por parte de los habitantes de Catalunya?

—El funcionamiento escolar.

—¿Por qué?

—¿En qué lengua se transmite la herencia catalana? ¿en castellano?

—Sólo preocupa la lengua?

—Y el plan de estudios. ¿Recoge, éste, nuestro pretérito específico o propone bazofias que no pasan de ser bodrios que so capa de unidad española asesinan nuestra diferencia nacional?

Ignoramos de qué Orsini recibe el nombre nuestro restaurante restaurador. Me inclino por los Orsini que triunfaron con el Papa Julio II —1443-1513— porque este Papa protegió a Rafael, al Perugino, a Signorelli y a Michelangelo Buonarroti. El vino tinto que disfrutamos fue italiano, del Véneto. Ya abordados los postres le señalo que nos destruye como nación el comportamiento de la institución de justicia que está, claro, al servicio del invasor castellano y no de la nación catalana.

Y nos fuimos a pasear por la orilla oriental del encantador Lago de Zúrich o Zürichsee. Personalmente quería gritarle *adiós*; sospecho que no lo contemplaré más.

—¿De qué depende, Octavi, el proyecto común específico el cual, según tú, constituye el segundo elemento definidor de la nación?

—Es cuestión de los partidos políticos y también de la sociedad civil. O nos entusiasman o el invasor castellano acaba del todo con nosotros.

—¿Eres optimista?

—No.

—¿Por qué?

—Castilla dispone de los aparatos estatales, tanto represivos como de propaganda que paga con dineros catalanes. Catalunya, en cambio, es una nación desamparada.

—Pero, ¿y España?

—Es el Estado de Castilla y regiones asimiladas por ésta. Catalunya es colonia, como Euskadi.

—¿Y Suiza?

—Aquí, en Suiza, el Estado no se identifica con un grupo; se halla el servicio por igual de todos ellos. Esto da cuenta de que todos sus ciudadanos quieran ser suizos aunque ignoren el alemán y el francés conociendo únicamente, por ejemplo, el italiano hablado en el Ticino.

Ya con las maletas caminábamos lentos hacia la estación ferroviaria cuando al atravesar el río Limmat por el Mühlesteig un piano a la vez triste y violento lanzaba al aire la sonata *Patética* que el alemán Ludwig Van Beethoven creó en 1799.

Arrancó el tren puntual en dirección a Barcelona. Hemos llegado esta mañana con tres horas de retraso.